

La Llorona

Esa que ahogó a sus hijos, para vengarse de un marido que la abandonó. Ese personaje ficticio lleno de rencor, que ahora está condenado a sufrir en una búsqueda eterna e infructuosa del perdón, o quizás, del suyo propio.

Últimamente la hemos convertido en una exagerada y patética imagen que a algunos con mente de niños, asusta, y que a otros, da risa. La usamos como un simple instrumento de amenaza. Cómo alguien ajeno con el que no hay que meterse, - ¡Cuidado! Sus ojos llenos de lágrimas le nublan la vista, y se confunde, y se puede llevar a los niños malcriados que se alejan sin permiso de su casa

Sin embargo, ella representa mucho más. Es el estandarte de la autodestrucción y la aflicción. Muchos pueblos la tienen dentro de sus culturas, con distintas variantes, pero en el fondo su significado siempre es el mismo.

La Llorona anda por allá afuera. Viste de negro. Un luto riguroso que no le ayuda a aplacar ese inmenso dolor que le estruja sin piedad el corazón. Una estampa sombría, que a quien tenga la mala fortuna de ver, le significará la pérdida y la desolación. Los más observadores saben cuando se acerca. Se oscurece el día y la brisa se encarga de impregnar el ambiente de olor a muerte. De pronto aparece su triste e inconfundible silueta, vagando perdida entre la bruma espesa. Se acerca llorosa, como un fantasma con su rostro pálido y demacrado rodeado por una cabellera tomada con descuido, que ni siquiera tiene tiempo para peinar. Apenas come, Apenas duerme. Casi arrastra sus pies cansados de recorrer, y parece que su delgada figura se va a quebrar en cada paso, pero ni siquiera por eso nos da lástima. Está sola porque no perdonamos lo que hizo ¿Quién podría comprender un crimen tan infame... Tan cobarde. Sus hijos ya no están en este mundo, y esa es su muerte en vida. Se merece ese castigo, y mil más. Nos alegra que su tormento sea un eterno buscar sin encontrar.

Por Alejandra Raposo